

## “EL MURO”

Hacía ya meses que Laura había dejado su trabajo en la ciudad para escribir la novela que siempre había soñado, marchando a uno de esos lugares que habían pasado a formar parte la larga lista de pueblos de la “España Vacía” que ahora, gracias al aumento del teletrabajo y al acceso a Internet, parecía volver a poblarse con gente joven. Lo tenía todo organizado porque “para una gran mente nada es pequeño”.

Se había instalado en una casa cercana al punto más concurrido del pueblo, el ultramarinos, donde las mujeres charlaban animadamente mientras hacían la compra. La tienda desempeñaba también la función de taberna, donde los hombres tomaban vino y jugaban a cartas.

Cada vez que Laura iba a hacer la compra, allí estaba María con su foto y sus recuerdos, dispuesta a repetir una y otra vez su historia: Antonio se había ido a vendimiar a Francia hacía más de sesenta años y aún no había vuelto. Aquella anciana solía enseñar la única foto que conservaba de él: un hombre alto sonriente con una chaqueta a cuadros junto a una mujer feliz.

Únicamente Pedro, uno de los amigos de Antonio, la acompañó durante años a la estación y a la oficina de correos, en busca de un hombre y de una carta que no llegarían nunca. Al final Pedro le hizo creer que Antonio ya no volvería y María acabó convirtiéndose en su esposa.

La casa de Laura había pertenecido a la familia de Antonio y hubiera sido de María si él hubiera vuelto en lugar de dejarla sola.

Si bien es cierto que la casa no necesitaba demasiadas reformas, éstas no tardaron en empezar. Laura quería más luz y habitaciones más amplias con vistas a unas montañas que amanecerían blancas el próximo invierno.

El albañil llegó temprano aquella mañana. Aquella pared en mitad de la nada no era un muro de carga como ambos temían, sino un tabique levantado a propósito para cerrar una pequeña habitación.

Empezaron a picar y un olor peculiar invadió la casa, continuaron trabajando, y cuando el muró cayó, ante los asustados ojos de Laura quedó al descubierto una maleta raída y un cuerpo momificado con una chaqueta a cuadros que reconoció al instante. Laura supo entonces que el hombre que María había estado esperando todos estos años nunca llegó a coger el tren que le llevaría a Francia.